

España, 1931-1939

Un testigo de la Historia

Víctor Márquez Reviriego



Don Niceto Alcalá Zamora sale de la cárcel el 24 de marzo de 1931. Entre la multitud que acude a recibirle está el joven periodista Eduardo de Guzmán, redactor-jefe de «La Tierra». Guzmán, de perfil, está a la izquierda del futuro presidente de la República con unos papeles en su mano.

EL martes 24 de marzo de 1931 hacía frío en Madrid. El día amaneció nublado. Varias veces, a lo largo de la jornada, el mendigo que estaba a la puerta de la iglesia del Buen Suceso, en la calle Princesa, haciendo visera con la mano pedigüeña, miró al no lejano Guadarrama, contemplando las nubes amenazadoras de lluvia.

No llovió en todo el día. Al atardecer, grupos de gente marchaban hacia la Moncloa. Se situaron a la puerta de la Cárcel Modelo (donde, tras su destrucción en noviembre del 36, se edificaría el Ministerio del Aire) y allí esperaron la salida de los líderes republicanos encarcelados. El fotógrafo estaba allí. Y para la historia dejó testimonio gráfico de la salida. En el centro de la fotografía un hombre que luego sería el primer presidente de la Segunda República española: Don Niceto Alcalá Zamora. A su lado, un muchacho de apenas veintidós años. Se llama Eduardo de Guzmán Espinosa y es periodista.



Retrato de Eduardo de Guzmán realizado en la prisión madrileña de Santa Rita, el 25 de agosto de 1940, por el recluso Tomás Gayo. El dibujante y Guzmán fueron compañeros en la celda núm. 13.

DON Niceto, «El Botas», vive en la calle Martínez Campos, cerca ya del Paseo de la Castellana. Su casa es una especie de palacete agrisado—situado enfrente del que ocupa el pintor Sorolla—, donde después de la guerra civil estaría la Casa de Córdoba.

Alcalá Zamora nació en la provincia de Córdoba (Priego, 1877) y a los veintidós años es oficial letrado del Consejo de Estado. Muy joven entra en el partido liberal monárquico y ocupa en 1917 la cartera de Fomento con el gobierno García Prieto. En 1922 vuelve al gobierno, otra vez presidido por García Prieto, como ministro de la Guerra. Alcalá Zamora, político monárquico y romanonista, dejará de serlo en abril de 1930. Justo un año antes de ser el flamante presidente del régimen republicano. Como escribiría más tarde el periodista e historiador socialista Antonio Ramos Oliveira «de la constelación oligárquica se había desprendido una especie de aerolito o asteroide que era el grupo de don Niceto Alcalá Zamora». Este grupo es la Derecha Liberal Republicana.

Eduardo de Guzmán fue republicano mucho antes que don Niceto. Era (y es) lo que se llama

LOS SUCESOS DE FIGOLS

Cinco días de comunismo libertario

La vida de un pueblo catalán en plena revolución social

(Crónica de nuestro redactor-jefe, Eduardo de Guzmán)

Prieto

La rebelión estalla en Figols el domingo por la noche. Prieto duerme tranquilamente cuando un grupo de trabajadores acude a despertarlo. Son mineros del pueblo. Y otros que desde el llano han subido a ponerle de acuerdo para iniciar la revuelta. Aquellos hombres dicen al futuro caudillo:

—Ha llegado el momento de hacer en Figols la revolución social. Queremos que seas nuestro jefe.

Prieto tiene fama de valiente y audaz. Accede. En la calle están ya la mayoría de los mineros. El resto no tarda en llegar. Son hombres rudos, en cuyos ojos brilla una decisión inquebrantable.

Hay una breve reunión. Todos se ponen de acuerdo. Y las primeras luces de la madrugada sorprenden a unos grupos decididos que en lo alto de San Cornelio inician la revolución social.

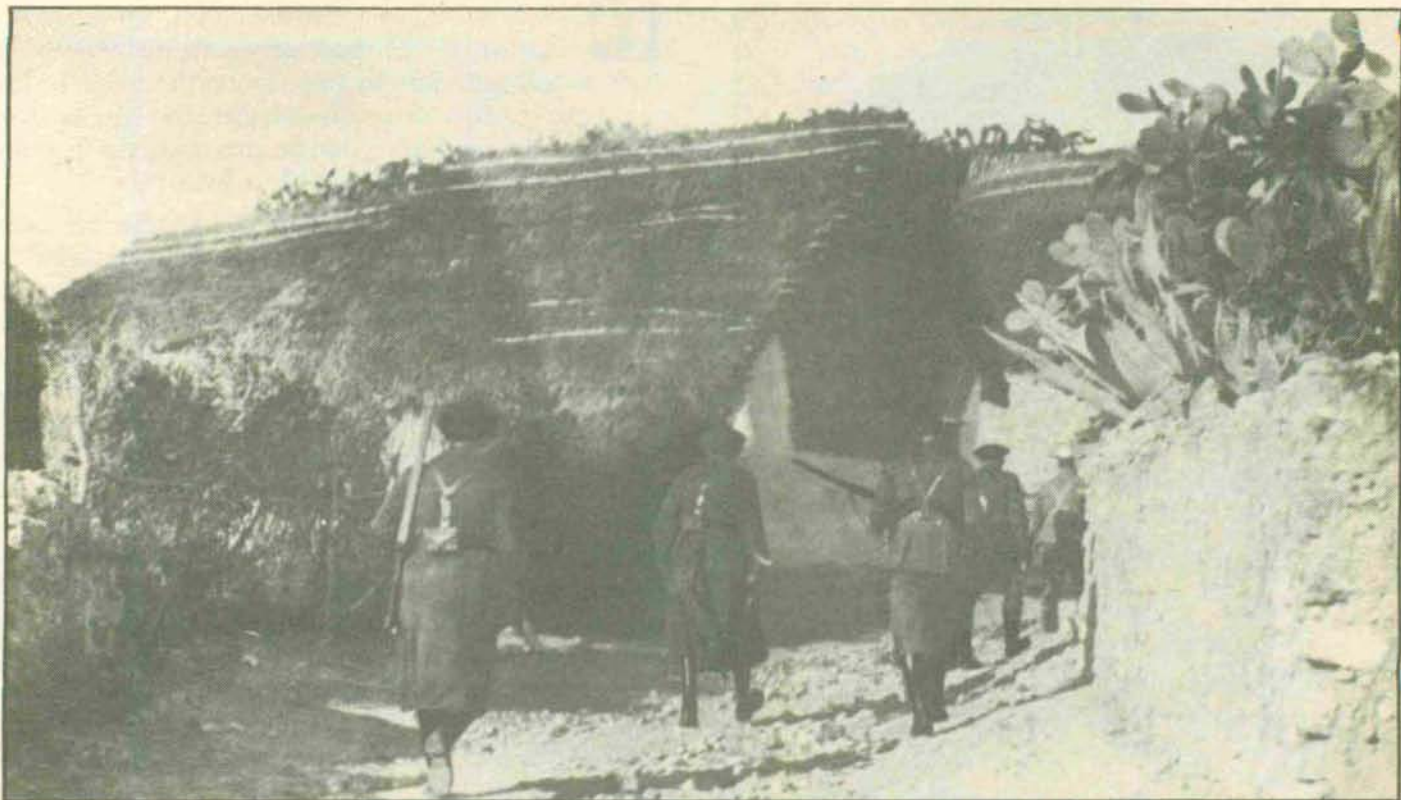
Es preciso desarmar a los comatenistas, a los burgueses, a quienes puedan ser un peligro para el régimen que se va a implantar. Se divide el grupo. Diversas patrullas marchan, por intrincados caminos de cabras, a recoger cuantas armas tengan los enemigos de la revolución social. Van dispuestos a no ocasionar el menor mal, pero decididos a laborar por el triunfo del comunismo libertario.

Prieto es el alma del movimiento. Desde el domingo al miércoles ni come, ni duerme, ni descansa un solo instante. Es un hombre de cuarenta y tres años, de mediana estatura, un poco cojo. Luchador, rebelde, a quien las persecuciones y cárceles, si no han quitado del pecho la ilusión, han envejecido prematuramente. No es, quizá, un hombre extraordinariamente inteligente ni un filósofo de la revolución. Pero sí un trabajador iluminado por una gran fe interna. Es de la madera de los apóstoles. Como aquel Pedro, pescador de Galilea, que expandió por el mundo las ideas rebeldes de Jesús. Como ese Bakunin, en lucha perpetua con la injusticia y la calumnia, *no confundas*.

Como ellos—exaltado, inquebrantable, audaz—es Prieto. Cuando habla, de su boca no salen palabras bonitas, pero brillan sus ojos con tanta fe, hay tal convencimiento en sus frases, que entre los trabajadores ejerce una indiscutible influencia.

Tiene sobre sus hombros una larga serie de persecuciones, cárceles, destierros y palizas. La última, bien reciente, cuando en el mes de septiembre fue dete-

Testigo de casi todos los acontecimientos importantes de la Segunda República, Guzmán fue enviado especial a los sucesos de Figols, pueblo catalán que instauró por su cuenta el comunismo libertario. A los sucesos de Figols dedica uno de los capítulos de este libro...



Guardias Civiles y Guardias de Asalto exploran chozas en el pueblo gaditano de Casas Viejas. Guzmán y Ramón J. Sender fueron los dos primeros periodistas enviados desde Madrid que llegaron al pueblo. Para ello utilizaron, entre otros medios, el avión apenas usado entonces.

«un republicano de toda la vida». Por entonces, a pesar de su juventud, lleva ya «por lo menos seis o siete años de periodismo». Ha trabajado en **Diario del Pueblo**, periódico formado por los disidentes de **La Libertad**, cuando el ya poderoso financiero don Juan March compra la publicación «hacia el año 26

ó 27» (Eduardo de Guzmán al referirse a aquellos años nunca dice la cifra completa. Emplea las decenas y unidades, como corresponde a quien los vivió).

También estuvo en una agencia de colaboraciones, **Agencia Editorial del Norte**, fundada en San Sebastián y luego trasladada a Madrid. En 1931 trabaja en **La Tierra** de redactor-jefe. El diario está en la calle Jardines, números 4, 6 y 8. Desde esa calle (cercana a la Puerta del Sol) el periodista salió en un taxi a la Moncloa. En la foto aparece también José María Sánchez Silva, joven periodista del diario católico **El Debate** y muchos años después autor de un relato famoso: **Marcelino, pan y vino**. Hay otro periodista que será político de renombre. Es Julio Alvarez del Vayo, enviado por **El Sol**. En la guerra será comisario general del ejército republicano y en el exilio escribirá un libro de curioso título: **El último optimista**.

Guzmán hace el reportaje de la salida de los presos que muy pronto formarán el gobierno provisional de la República. En **La Tierra** trabaja a lo largo de la República. Dirige el periódico Salvador Cánovas Cervantes, motejado por los periodistas como «Niní», porque «no era ni Cánovas ni Cervantes». Cánovas murió en el exilio, hace unos treinta años. Una tarde de calor, buscó el frescor catedralicio en Caracas y allí cayó como fulminado. En 1917 había sido diputado. Propietario y director de



Primera página de «La Tierra» con el reportaje sobre la muerte de Hildegart a manos de su madre, doña Aurora Rodríguez. Doña Aurora cumplió condena en la cárcel de mujeres de la calle de Quiñones (Madrid) y allí la visitó el periodista de «La Tierra».

La Tribuna, periódico que duró desde 1912 a 1922, fue hombre de talante liberal.

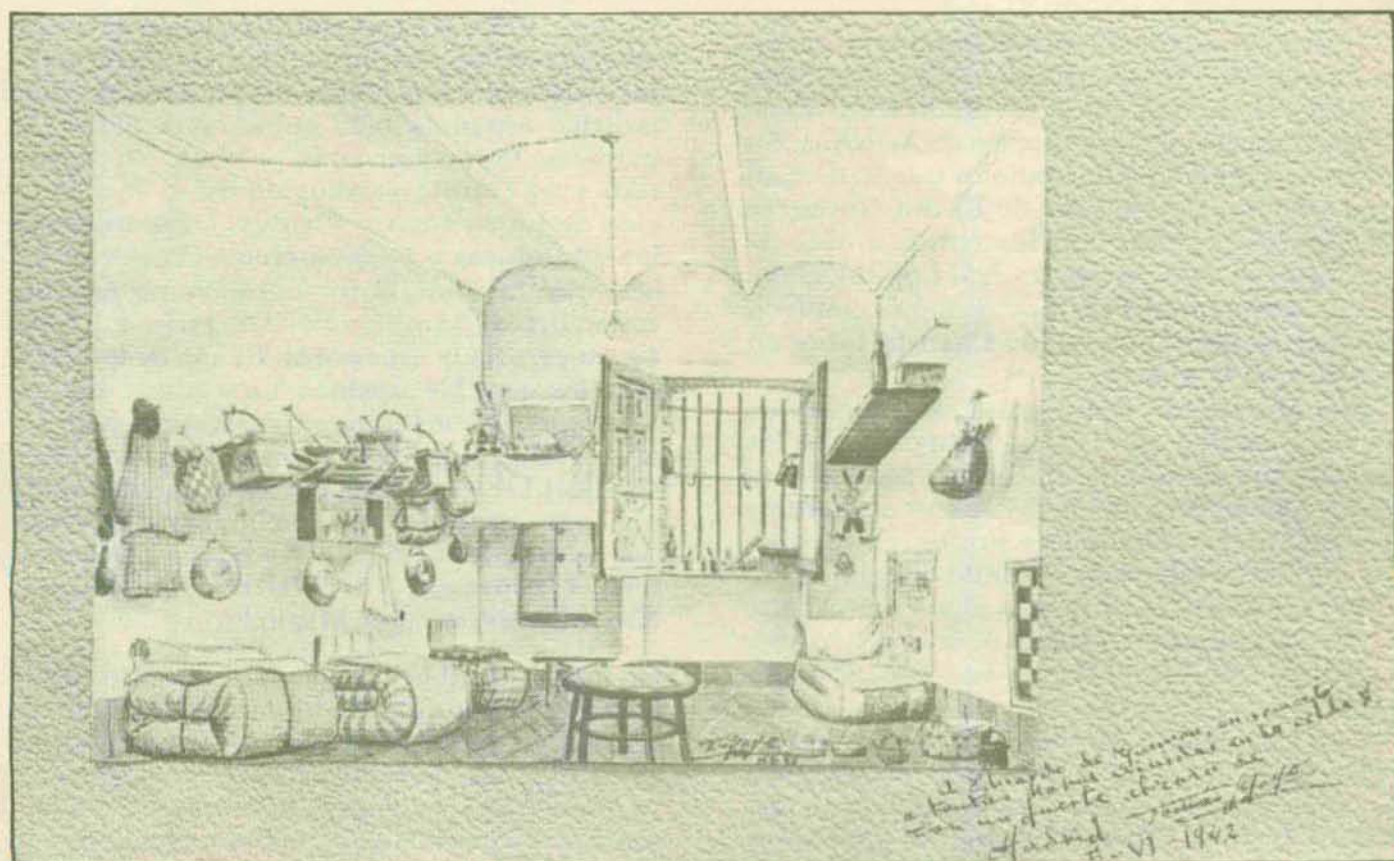
Al igual que aquella tarde del marzo que precede a los idus de abril republicanos, el periodista Eduardo de Guzmán estará presente en muchos acontecimientos históricos. En no pocos contra su voluntad. Por ejemplo en el puerto de Alicante, sujeto impaciente de una espera desesperada, el día que termina la guerra. En el campo de Albaterra, en las cárceles madrileñas —compañero de Buero Vallejo y Miguel Hernández— condenado a muerte y después indultado... Pasarán largos años de cárcel y de difícil libertad en los que el periodista Eduardo de Guzmán escribe novelas del Oeste, con el seudónimo de Edward Guzman, para sobrevivir... Y todavía en una trágica noche de enero de 1977 oirá desde su casa de la calle de Atocha los disparos que causan la masacre en el despacho laboralista del PCE.

* * *

Ahora la editorial Planeta en su colección «Espejo de España» publica un libro donde Eduardo de Guzmán recoge muchas de sus personales experiencias republicanas. Son veintidós los capítulos de **La Segunda República fue así**. Capítulos llenos de personajes y episodios, porque Eduardo de Guzmán no ha

buscado hacer una historia de contable (que es en lo que vienen a resultar muchos intentos de historia cuantitativa), sino presentar un rosario de recuerdos. Acaso por eso no encuentro el título afortunado; resulta demasiado categórico y tal vez habría respondido mejor a su contenido «Veintidós episodios de la Segunda República» o «La Segunda República que yo viví».

Porque el valor esencial del libro no está en la pretensión de historiar una época crucial de la historia española, sino en la muy personal visión que de ella nos ofrece quien la vivió tan de cerca como el autor. Es, pues, un libro donde se agradece la primera persona con que empiezan no pocas frases («como periodista me corresponde...», «inquiero sorprendido», etc.). La primera persona es aquí una garantía de testimonio que, repetimos, es el valor clave del libro. Las opiniones políticas del autor pueden ser discutidas, sus interpretaciones corregidas o superadas por estudios posteriores o más concienzudos; pero nadie puede suplantar al autor en cuanto persona que estuvo en el lugar de los hechos. Cuando Guzmán toma un avión con el novelista Sender para ir a Casas Viejas o cuando entra en el «caserón viejo y destartado de la calle de Quiñones», donde doña Aurora Rodríguez cumple condena por el asesinato de su hija Hildegart, su relato nos hace



Dibujo de Gayo —este, del 5 de junio de 1942— dedicado también a Eduardo de Guzmán. Representa la celda núm. 13 de la prisión madrileña de Santa Rita, donde el periodista permaneció dieciséis meses condenado a muerte, entre marzo de 1940 y julio de 1941 en que fue indultado.

Eduardo de Guzmán
en el lugar que
ocupó el campo de
concentración de
Albatera, adonde fue
llevado después de
ser hecho prisionero.



por un momento asistir como ciudadanos medidos en un túnel del tiempo a sucesos irrepetibles...

A esta sensación de testimonio contribuye la presentación del volumen (cada capítulo lleva varias páginas de ilustraciones alusivas), que dan imagen a lo relatado por el autor.

* * *

El testimonialismo de Guzmán no está, precisamente, exento de riesgos. Un periodista, Luis de Sirval (por cierto olvidado cronista de Cortes) muere tras los sucesos de Asturias. Su muerte, según cuenta Guzmán que le dice su compañero el periodista de **El Sol** Gutiérrez de Miguel, es la que habrían tenido ambos de no seguir el consejo del general López Ochoa. Y este testimonialismo le ocasionó su condena a muerte como director de **Castilla Libre** en los días de la guerra.

Junto al Guzmán testimonial, al Guzmán de hoy que escribe sobre el Guzmán de ayer y los hechos que contempló hace más de cuarenta años, está en este libro el Guzmán opinante y teorizante. Personalmente prefiero al primero, aunque también comprendo que quien durante años estuvo obligado al silencio suelte ahora la espita libre no sólo de sus recuerdos y vivencias, sino también de sus juicios y opiniones.

Y esta grafomanía contenida, represivamente represada, la suelta Guzmán en pocos años. Lejanos ya sus tiempos de periodista de **La Tierra**, **Castilla Libre** o **La Libertad** (que contó en los días republicanos como subdirector al padre de Haro Tecglen), olvidado casi, salvo por la

piratería editorial americana, su combativo libro **Madrid rojo y negro**, Guzmán vuelve al periodismo activo en revistas como **Índice**, **Triunfo** o **TIEMPO DE HISTORIA**. Los libros se han sucedido con rapidez en el curso de pocos años: **Aurora de sangre** (Editorial G. del Toro), donde cuenta la muerte de Hildegart, hoy hecha cine bajo la dirección de Fernán-Gómez; **1930: Historia política de un año decisivo**, con ediciones Giner, para la que también hizo diversos fascículos de **50 años de vida política española** («El gobierno Aznar», «El gobierno Berenguer», «El pacto de San Sebastián y el comité revolucionario», «Sublevación de Jaca y Cuatro Vientos»); **España entre las dictaduras y la democracia** (Editorial Tesoro); y la serie autobiográfica posrepública editada también por Gregorio del Toro: **La muerte de la esperanza**, **El año de la Victoria**, **Nosotros los asesinos**. La segunda obra de esta trilogía consiguió un premio prestigioso: el «Internacional de la Prensa» dado en el Festival del Libro de Niza por un jurado formado por representantes de siete importantes revistas mundiales: **Triunfo**, **Le Nouvel Observateur**, **L'Espresso**, **The Observer**, **Newsweek**, **Nin** y **Tagesanzeiger Magazin**.

En más de medio siglo de periodismo (porque hasta sus años de cárcel han producido luego libros periodísticos) Eduardo de Guzmán ha conocido dos dictaduras, dos monarquías y una república, ésta que ahora nos cuenta con tanto o más entusiasmo que aquel con que la vivió en los ya lejanos años de 1931 a 1939. ■
V. M. R.